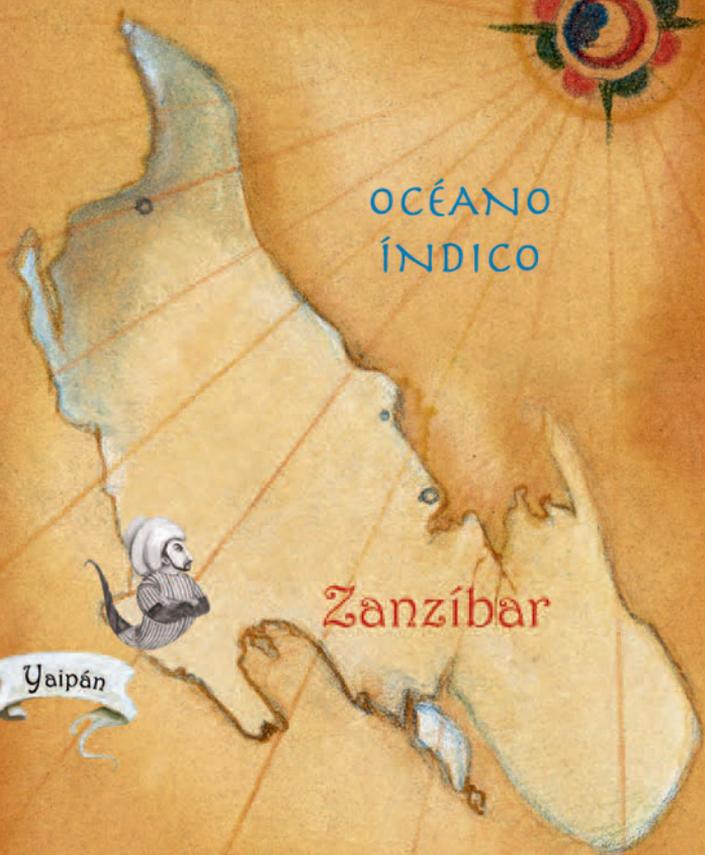




OCEANO
ÍNDICO

Zanzíbar

Yaipán



I

De cómo y dónde apareció Yaipán e hizo que todos los vientos soplasen en una sola dirección

Hace algún y mucho tiempo, cerca de la isla de Zanzíbar, desde lo más profundo del océano Índico, emergió de repente —muy cerca de la playa— un enorme genio malgeniado. No hubo ni lámpara maravillosa ni mucho menos nadie que frotara artefacto alguno. Solo hubo, insisto, un enorme genio aparecido de la nada.



Se parecía a casi todos los otros genios de los que los navegantes de esos mares habían escuchado hablar; sin embargo, este genio era blanco y negro. Sí, tenía la cara blanca, los ojos negros azabache, profusas cejas negras, largas y negras pestañas y gruesos labios negros, como de una noche sin luna, que encerraban grandes y desiguales dientes blancos y negros que parecían el teclado de un piano.

Sus brazos grandes eran también negros, pero terminaban en dos manos blancas como la nieve de los glaciares perpetuos de la Antártica. Y tenía dos piernas también negras, aunque las mantenía unidas, como ensortijadas, y se movía como si fuese un remolino desplazándose a unos centímetros del suelo.



Vestía una especie de pijama de mangas cortas y pantalón corto, muy suelto, rayado en su diseño y blanco y negro, por supuesto. De la cabeza le colgaba una larga trenza hecha de cabellos negros y brillantes, que amarraba al final con dos grandes bolas blancas atadas entre sí. Y, repito, porque si no, no me entenderías, era muy pero muy malgeniado. Rugía y rugía sin parar en una lengua incomprensible.

